SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS

Antiguamente, esta celebración estaba dedicada de manera especial a la memoria de todos los mártires que, unidos al sacrificio redentor de Cristo en la Cruz, derramaron su sangre por confesar la fe. Con el paso del tiempo, la Iglesia extendió esta solemnidad a todos los fieles que, habiendo perseverado en la gracia de Dios, han alcanzado la gloria del Reino de los Cielos.

Las lecturas de la Misa nos ayudan a contemplar el triunfo que Cristo nos alcanzó mediante su muerte y resurrección. Desde la visión celestial del Apocalipsis hasta la proclamación de las bienaventuranzas en el Evangelio, la Palabra de Dios nos recuerda que la santidad no es un privilegio reservado a unos pocos, sino la vocación de todos los bautizados. Muchos de nuestros hermanos han llegado ya a la meta y forman la Iglesia triunfante; nosotros peregrinamos todavía en este mundo, sostenidos por la fe, fortalecidos por la caridad y animados por la esperanza. Esta solemnidad nos invita a renovar nuestro deseo de vivir en amistad con Dios para participar un día de la misma gloria de los santos.

Primera Lectura: Apocalipsis 7,2-4.9-14

«Vi una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua».

Una de las visiones más importantes del libro del Apocalipsis gira en torno a un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Su contenido permanece oculto hasta que el Cordero, Jesucristo, vencedor del pecado y de la muerte, es considerado digno de abrirlo.

La visión proclamada en esta solemnidad se sitúa después de la apertura del sexto sello, en el contexto del juicio de Dios sobre la historia. En ella destaca la aparición de una multitud innumerable de salvados. Aunque el pasaje menciona el castigo destinado a quienes rechazan a Dios, el centro del mensaje es la protección y la victoria de aquellos que permanecen fieles al Señor.

Los «siervos de Dios» son marcados en la frente como signo de pertenencia y fidelidad. La escena evoca claramente la visión de Ezequiel (cf. Ez 9). El número de los marcados,

ciento cuarenta y cuatro mil, no debe interpretarse de manera literal, sino simbólica. Expresa la plenitud del pueblo de Dios: doce tribus de Israel multiplicadas por los doce apóstoles y llevadas a la plenitud mediante el número mil, símbolo de inmensidad y perfección.

A esta multitud se añade otra inmensa muchedumbre procedente de todos los pueblos y lenguas. Están de pie, postura propia de quien participa de la victoria de la resurrección; visten túnicas blancas, signo de pureza y de participación en la vida divina; sostienen palmas en sus manos, símbolo del triunfo; y se encuentran delante del trono de Dios y del Cordero.

Esta visión constituye una fuente de esperanza para la Iglesia peregrina. Nos recuerda que la santidad es posible y que la meta definitiva de la vida cristiana es la comunión eterna con Dios.

Salmo Responsorial: Salmo 24 (23)

Este salmo es un hermoso himno de alabanza a Dios, Creador y Rey del universo. Tradicionalmente se divide en tres partes: un himno al Creador (vv. 1-2), una liturgia de entrada al santuario (vv. 3-6) y un canto procesional que exalta la gloria del Señor (vv. 7-10).

La escena presenta una solemne procesión que se dirige hacia el templo, probablemente acompañando el Arca de la Alianza. A lo largo del recorrido se proclaman la grandeza y la santidad de Dios, al mismo tiempo que se recuerda la necesidad de una vida recta para acercarse a Él.

La pregunta central del salmo es profundamente actual: «¿Quién puede subir al monte del Señor?». La respuesta señala que solamente aquellos que tienen «manos inocentes y puro corazón». No se trata únicamente de una pureza ritual, sino de una vida orientada sinceramente hacia Dios y su voluntad.

En el contexto de esta solemnidad, el salmo nos recuerda que la santidad consiste en buscar continuamente el rostro del Señor y dejar que Él transforme nuestra vida.

Segunda Lectura: 1 Juan 3, 1-3

San Juan contempla con admiración el inmenso amor que Dios ha tenido hacia nosotros al hacernos sus hijos. Esta es la verdadera identidad del cristiano: ser hijo en el Hijo.

Sin embargo, el apóstol aclara que esta realidad aún no se ha manifestado plenamente. La plenitud llegará cuando contemplemos a Dios cara a cara y participemos plenamente de su gloria. Entonces seremos semejantes a Él porque lo veremos tal cual es.

La esperanza cristiana no es una simple ilusión acerca del futuro. Es una certeza fundada en la fidelidad de Dios. Precisamente por eso, quien espera encontrarse un día con el Señor procura ya desde ahora vivir conforme a esa dignidad de hijo de Dios.

La santidad no consiste únicamente en saber que somos hijos de Dios, sino en vivir cada día según esa identidad, configurando progresivamente nuestra existencia con los sentimientos, las actitudes y el modo de amar de Jesucristo.

Evangelio: Mateo 5, 1-12

Las bienaventuranzas constituyen el gran programa de vida del discípulo de Cristo y el retrato espiritual del mismo Jesús. La Iglesia ha visto siempre en ellas el camino seguro hacia la santidad.

Jesús recoge una tradición presente ya en el Antiguo Testamento, donde se proclama dichoso a quien vive según la voluntad de Dios, pero la lleva a su plenitud al presentar una nueva lógica para la vida humana: la lógica del Reino de los Cielos.

Cada bienaventuranza contiene tres elementos fundamentales. En primer lugar, una declaración de felicidad: «bienaventurados». En segundo lugar, una situación concreta vivida por determinadas personas: los pobres de espíritu, los mansos, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz o los perseguidos por causa de la justicia. Finalmente, aparece una promesa divina que manifiesta la recompensa reservada por Dios.

Leídas en conjunto, las bienaventuranzas revelan que la verdadera felicidad no depende del éxito, del poder o de la riqueza, sino de la comunión con Dios. Por eso, el santo es quien ha aprendido a vivir según los valores del Reino, incluso cuando estos parecen contradecir los criterios del mundo.

La solemnidad de Todos los Santos nos invita a contemplar en las bienaventuranzas no un ideal inalcanzable, sino un camino concreto. Los santos fueron hombres y mujeres de toda condición que permitieron a la gracia de Dios actuar en sus vidas. Ellos nos recuerdan que la

santidad es posible, que la gracia es más fuerte que el pecado y que todos estamos llamados a participar de la felicidad eterna preparada por Dios para sus hijos.

Idea pastoral para la homilía

En una cultura que suele presentar la santidad como algo extraordinario o reservado a unas pocas personas, la liturgia de este día proclama con fuerza que todos estamos llamados a ser santos. La santidad no consiste en realizar acciones espectaculares, sino en vivir el Evangelio con fidelidad en las circunstancias ordinarias de la vida. Los santos que hoy celebramos son la demostración de que la gracia de Dios puede transformar cualquier existencia. Su testimonio anima a los fieles a mirar el cielo sin desentenderse de la tierra, viviendo cada día las bienaventuranzas con la esperanza de alcanzar un día la gloria eterna.